



*Barbara*  
**STANWYCK**  
*S*

WARNER FIRST NATIONAL



LOUISE HENRY, quien tuvo que suspender la producción de la película en que trabajaba en Hollywood, para volar al lado de su padre, gravemente enfermo en Nueva York.



UNA RED PARA UNA SIRENA MODERNA: He aquí a lo que ha llegado el traje de baño novísimo que se exhibió en Miami y que consiste en una red que deja a la vista el cuerpo de la bañista....



PESCADORES HOLANDESES, aficionados a la pipa, se reúnen a discutir larga y prolijamente, mientras que una de las mujeres tiende la ropa recién lavada.



MARLENE DIETRICH, la genial estrella alemana de la Paramount, que actualmente goza de vacaciones en Europa, donde ha sido acogida con entusiasmo por sus numerosos admiradores.



BOLIVAR A CABALLO es la figura culminante de un notabilísimo grupo escultórico que remata el monumento erigido por la República Ecuatoriana

# SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA— INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción

CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA

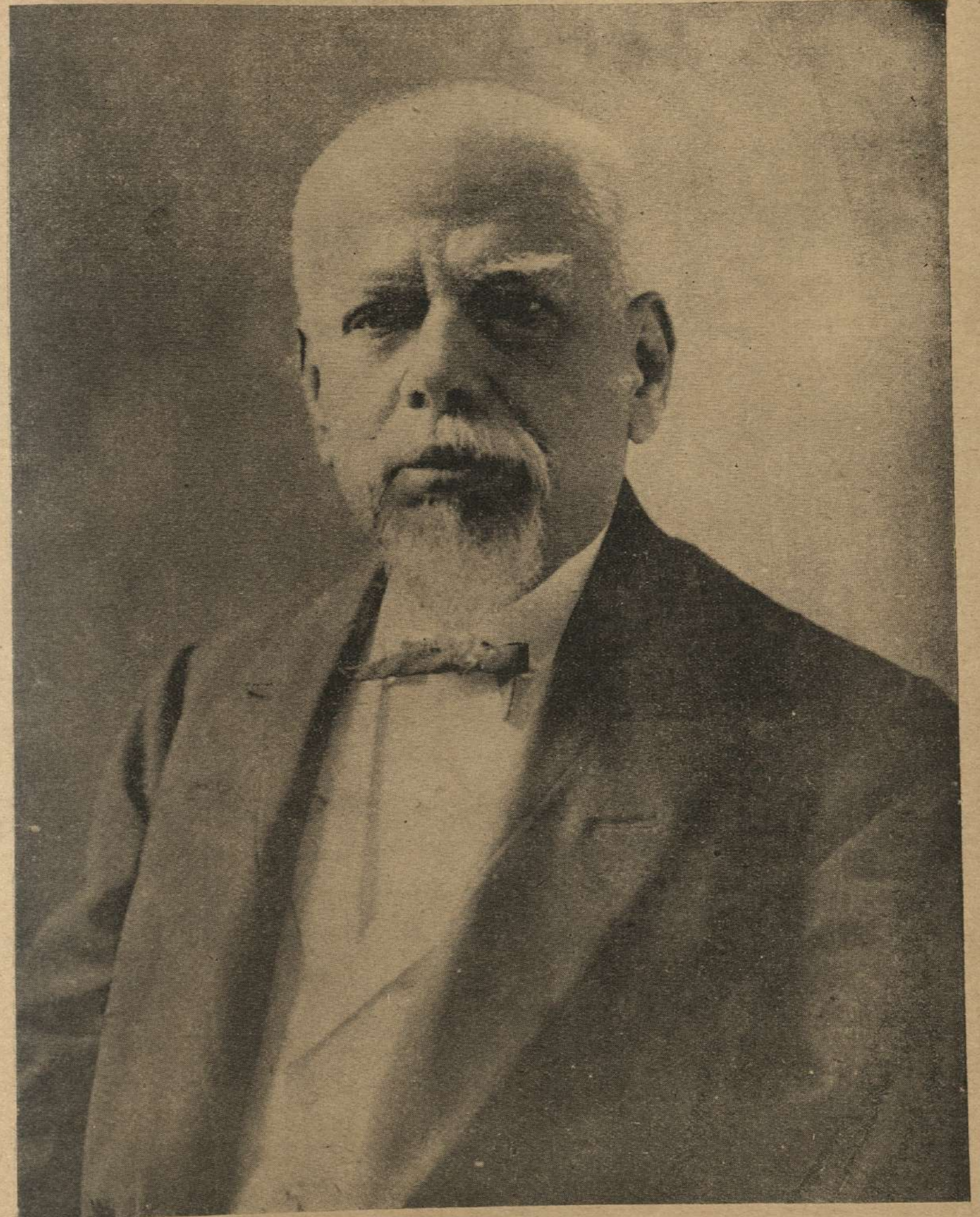
CIRCULA LOS SABADOS

PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO V

GUAYAQUIL (ECUADOR), 7 DE DICIEMBRE DE 1935

Nº 236



GENERAL ELOY ALFARO

Con motivo del aniversario de la gloriosa jornada de Jaramijó, se ha tributado un nuevo homenaje al Viejo Luchador, héroe máximo y apóstol excelso de la cruzada liberal, renovando en todas las almas el culto a su memoria, inextinguible en tanto haya un corazón ecuatoriano que palpita con alientos de libertad y que profese noble amor a la democracia.





# DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

MODELO DE SEDA OTOMANA

CONJUNTO PARA LA TARDE



Núm. 1.—Modelo Schiaparelli de seda otomana negra, gruesa. La falda está drapada con un triple volado de otomana y moiré negro y rosado. Como puede apreciarse es de hermosura indiscutible el modelo aquí presentado, por la armonía de su combinación y lo impecable de su corte.



No. 4.—Conjunto para la tarde presentado por Molyneux, confeccionado en lana negra. Falda con lista vertical de abstracción a cada lado y blusa de satén negro. Sombrero de abstracción negro adornado con cinta de terciopelo rojo.

## LOS COLORES EN LA MODA FEMENINA

NUEVA YORK.—A estas alturas ya demasiadas mujeres han preparado su guardarropa para la próxima temporada, para estar en ignorancia de qué es que, por qué. A pesar de eso, queda no poco por aprender acerca de las modas de ahora, y mucho de interés que ver y hacer acerca de este asunto de la ropa.

Quizás esté abierto a duda que los vestidos verdaderamente opulentos que está usando la mujer chic sean indicio de la vuelta de la prosperidad, pero ¿qué otra cosa puede ser? La audiencia de los teatros, por ejemplo, nunca ha estado tan bien trajada, y de seguro la mujer nunca ha tenido vestidos y prendas tan vistosas como ahora.

La mujer no parece no tener sino una sola mente sobre el tema de la ropa de géneros metálicos para la cena y para el teatro, y la idea de las capellinas de pieles para cubrirlos. En un reciente premiere, la más brillante de la temporada hasta ahora, por los pasillos del teatro pasó un constante desfile de un traje metálico tras otro. Otra cosa inte-

resante que observamos en el mismo sitio fue la falda plisada, y el vestido con corpiño plisado. Esto daba un efecto griego, ya que los ceñidos eran de cinta. En cuanto a eso, el plisado no es imposible para la tela metálica, y se usa de cuando en cuando.

En punto de número, la falda angosta drapada al frente o con pliegues sesgados al frente, hacia un lado, era lo más prominente entre los vestidos metálicos ya mencionados. Uno se daba cuenta de los pies y los tobillos al frente de tales trajes, acortados por el drapado de la falda, y revelando en cada caso sandalias como calado.

En cuanto a los metales, los tejidos más sencillos, algo rizados, dominaban en los vestidos, mientras otros materiales de mayor fantasía, envolviendo el uso de los colores, se ponían en evidencia en las salidas de teatro. Una salida larga tenía una especie de tela de cuadros de fantasía en oro y verde, mientras otra llamativa capilla era de paño metálico color plata brillante, con motivos atrevido de flores naturalísticas.

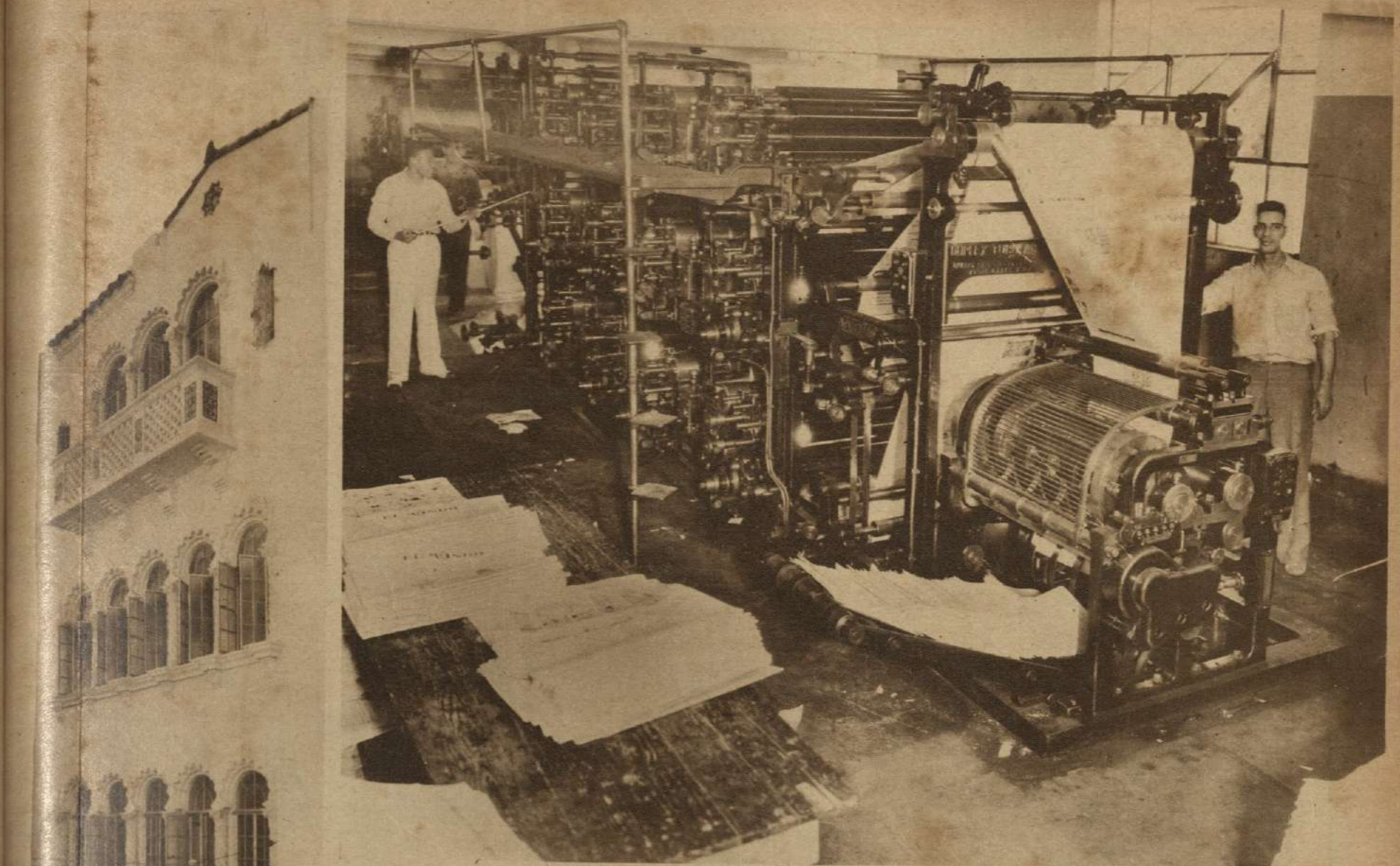
Hemos visto un traje que intro-

## VARIEDAD DE ESTILOS ELEGANTES

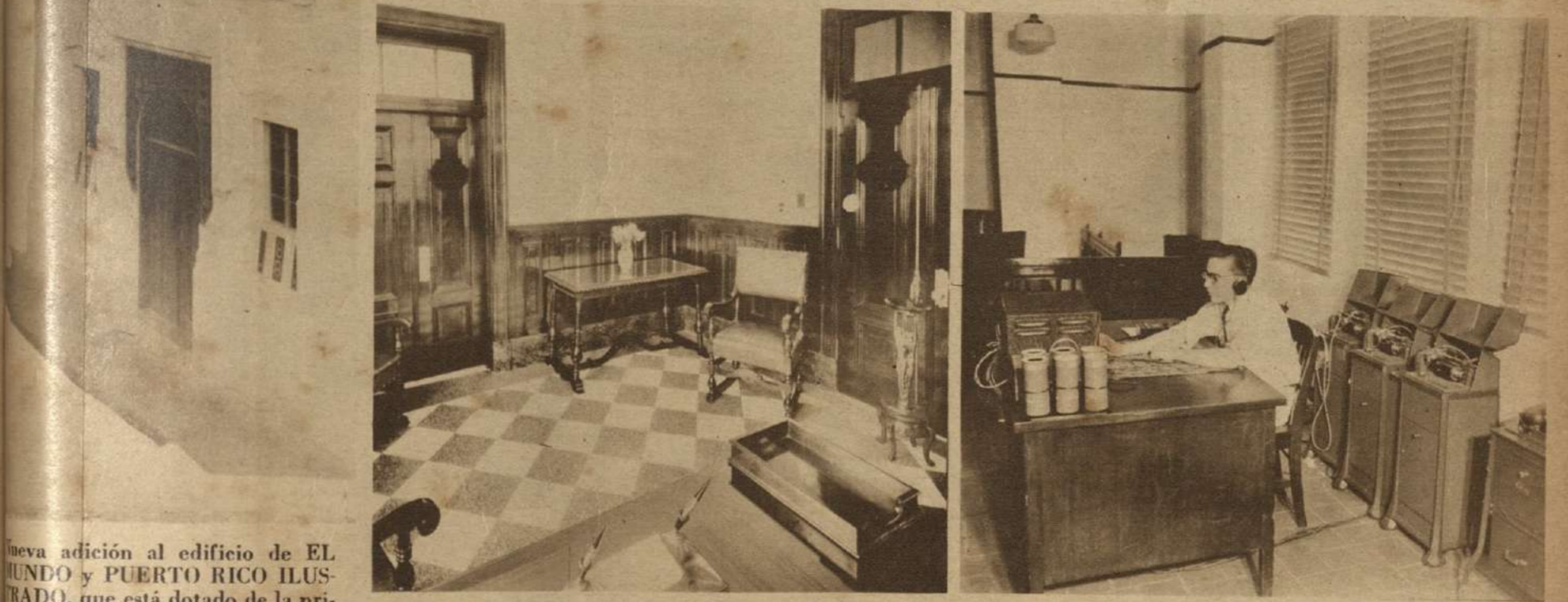
NUEVA YORK.—Entre los tejidos que se están mencionando mucho por su importancia se encuentra el tafetán de cellophane, el terciopelo de tonos cambiantes, el moaré, los géneros metálicos transparentes, el crepé metalizado y el raso. El terciopelo sigue siendo favorito para vestidos de soiré.

Con los tejidos mencionados, incluyendo los crespones, los colores que se están ordenando, de acuerdo con los modistos, incluyen los azules vívidos y brillantes, muchos de los verdes amarillentos,

los pálidos colores a pastel (en tafetanes), rojos y verdes de tonos más oscuros en raso, mientras que el traje de crepé blanco adornado con sequines o brillantes, así como el vestido de crepé negro adornado con brillantes, siguen manteniendo su competencia con los de color. Chaquetillas de peplo en estilo reversible, y boleros de decorativos arreglos reversibles, siguen sosteniendo un puesto de destacada importancia en las colecciones para baile. El efecto que se consigue al frente es el de una sobrefalda de cuello alto, mientras que la espalda, desde luego, afecta la línea abierta, recogida al cuello y la cintura. La chaqueta de peplo es particularmente atractiva en este estilo reversible, especialmente cuando es de moaré. La amplitud en la espalda aparece en las nuevas colecciones tan a menudo como en el frente. Esto es cierto especialmente cuando la falda es más larga en la parte posterior, con secciones bajas plegadas o fruncidas.



Rotativa Duplex, de dos pisos, que imprime 20,000 ejemplares de 24 páginas por hora.



Secretaría de la administración.



Thomas Jones, operador de radio.



Un aspecto de la oficina de la administración con la sección de archivos.

Un aspecto de la oficina de la dirección de EL MUNDO.



EN EL GALLINERO, p. 100. (Museo de Munich)  
Las escenas más humildes pueden servir de inspiración a un artista para un cuadro digno. La contienda del ganso y del gallo parece vivir ante nuestros ojos, en una alegre algarabía.







# Un conflicto doméstico

POR EUGENIO L. BERON

Autos, coches, carros, cruzan velozmente. El gentío se desborda sobre la calzada; pero el tranvía que pasa junto a la vereda le hace volver a su cauce. Pavimento húmedo. Baldosas levantadas. Andamiajes. Empujones. Grocerías. En resumen: una calle del centro. Dando prueba de un valor que los hombres nos obstinamos en negar, avanzan con tranquilidad muchas mujercitas. Sólo una camina apresuradamente: Chambergro, Tapado, Zapatos "trotter". El ala del sombrero oculta los ojos. El cuello del abrigo oculta la boca. Linda nariz. Bellísimas piernas. Apuro de mujer bonita. Frente a ella se detiene, sombrero en mano, un caballero. No muy joven. No muy elegante. Empieza a engrosar y a encanecer. Tiene gran suavidad en la mirada y gran firmeza en el apretado de manos. No es rubio.

— ¡Salguero!...  
— ¡Irene!...

(El saludo efusivo hace volver la cabeza a los peatones. El grupo de señores desocupados que decora cada esquina se dispone a escuchar. Salguero, con ademán resuelto, conduce a Irene hasta la confitería más cercana.)

SALGUERO.— (Alegre). ¡Hemos chasqueado a los mirones!

IRENE.— (Preocupada). Certo.

SALGUERO.— ¿Le disgusta este "salón para familias"?

IRENE.— No, el ambiente es agradable...

SALGUERO.— Y ese "groom" que abre la puerta principal, da la mayor sensación de hospitalidad a que podemos aspirar en esta nunca bien discutida época.

IRENE.— Si...

SALGUERO.— Tiene un inconveniente, sin embargo: no es posible disfrutar de esta paz sin ingerir algo. Hayan ganas o no. Santa costumbre lo dispone así... ¿Té? ¿Café? ¿Alcohol?

IRENE.— Café.

SALGUERO.— Me asombra. Las señoras toman café, toman tanto como nosotros; pero en su casa; a escondidas. En público piden té. Juzgan que es más elegante ser chino que árabe. La felicitación, Irene, por haberse emancipado de ese prejuicio.

(El mozo se retira después de acomodar el florero y limpiar de la mesa una mancha imaginaria. Así considera haberse ganado los centavos que hay obligación de dejarle.)

SALGUERO.— (Luego de observar a su compañera). Hoy no tiene usted el gesto de seguridad que le es habitual.

IRENE.— Lo confieso, amigo mío: estoy nerviosa. Me resulta extraordinario encontrarme aquí con usted, en una confitería... solos los dos. La falta de hábito...

SALGUERO.— ¡Peor era estar en la calle! Nuestro simple saludo llamó la atención.

IRENE.— ¡La gente es tan mal pensada!

SALGUERO.— Piensa mal siempre; por principio, por las dudas, por elegancia. Prescindida de todos. Por otra parte, amiga, aquí nadie sabe quién es usted.

IRENE.— ¡Es que no tengo la vergüenza en el apellido!

SALGUERO.— ¿Lamenta, entonces, nuestro encuentro?

IRENE.— ¡Al contrario! Estaba fastidiada... ¿No me pregunta por mi marido?

SALGUERO.— ¡Iba a hacerlo.

IRENE.— No vale la pena; Alberto está bien. ¡Siempre está bien!

SALGUERO.— Me parece que hoy no lo está... por lo menos con usted...

IRENE.— Es cierto. Justamente saí para librarme por un mo-



mento del ambiente de casa, cargado de malos humores... Debo volver en seguida.

SALGUERO.— No se vaya todavía... Deseo conversar unos momentos con usted.

IRENE.— ¿Para qué?

SALGUERO.— Para conversar.

IRENE.— ¿Y no ha tenido tiempo todavía? Hace dos años que frecuenta mi casa...

SALGUERO.— A quien quisiera conocer es a la otra Irene...

IRENE.— No entiendo...

SALGUERO.— No a la que he visto siempre tras el mostrador del registro revisando cuentas y hablando de áridos asuntos comerciales con absoluto conocimiento.

IRENE.— ¿También usted encuentra mal que me interese los negocios de mi marido?

SALGUERO.— ¿Entonces hay alguien que lo encuentra mal?

IRENE.— Sí, Alberto. ¿Lo ignoraba?

SALGUERO.— Debo ignorarlo.

IRENE.— Comprendo... ¡Le he pedido secretos! Muy bonito. Visitan ustedes a mi marido; yo me desvío por colmar de atenciones a él y a ustedes y están esperando que me levante a ofrecerles cualquier cosa, un cenicero o una taza de café, para cucichear atrás mío...

SALGUERO.— ¡Oh, señora!...

IRENE.— Bien. No importa. Su calidad de íntimo de la casa le puec haber permitido adivinar algo. Hagamos de cuenta que adivinó y dígame: ¿conoce nuestra desavenencia?

SALGUERO.— Sí.

IRENE.— Ya lo vé. Ha sido necesario todo un rodeo para decirlo a esta sinceridad.

SALGUERO.— Mi situación es delicada.

IRENE.— ¿No sé por qué?

SALGUERO.— Me cuesta creer que no comprenda. Las mujeres son tan perspicaces...

IRENE.— Para nada hace falta serlo en este caso. Hablemos con sinceridad. ¿Es usted capaz de ello durante cinco minutos?

SALGUERO.— Me siento capaz de ser sincero con usted... siempre!

(Ella lo mira buscando la réplica; pero encuentra, por primera vez, que son bellos los ojos de su amigo.)

IRENE.— Siendo así, dígame si considera justo lo que Alberto pretende.

SALGUERO.— No conozco detalles.

IRENE.— ¿Qué sabe, entonces?

SALGUERO.— Que nuestro querido Alberto se encuentra humillado, porque usted es quien realmente maneja el negocio...

IRENE.— Y bien: ¿qué más da que sea yo o un gerente, como había antes?

SALGUERO.— ¿Por qué no lo deja que se arregle con sus empleados?

IRENE.— ¡Tendrá que poner otra persona en mi lugar!

SALGUERO.— La acusa de intervenir en todos los asuntos...

IRENE.— Natural. Cada vez que noto que tratan de embaucarlo, se lo aviso. El aprovecha mi consejo; pero luego, azuzado contra mí por el mismo señor que no pudo estafarlo, me hace escenas. Debía agradecerme... ¿Cree usted que me interesa saber si una pieza de seda es de tantos o cuantos metros?

SALGUERO.— Lealmente, creo que eso no puede interesar a nadie.

IRENE.— En una casa mayorista tiene importancia. La seda

se compra por kilos... ¡Bien quisiera yo enamorarme de una seda por su color o su brillo!

SALGUERO.— Usted proporciona ganancias a la casa... pero a costa de la paz.

IRENE.— No lo hago por el dinero. No me interesa. ¡Es que me aburre, amigo! ¡Hace ya mucho tiempo que Alberto y yo no tenemos nada que decirnos!

SALGUERO.— No hace falta hablar para amarse...

IRENE.— ¡Qué error! Si a veces pienso que el amor no existe, que lo creamos nosotros con palabras... ¡Me ocupo de negarlos porque necesito llenar con algo mi vida!

SALGUERO.— Sin embargo, Alberto la quiere...

IRENE.— A su modo. Considero que al casarse conmigo me daba el más alto testimonio pasional. Desde entonces yo se ha preocupado más del aspecto amoroso de nuestras relaciones.

SALGUERO.— Vive dedicado a usted...

IRENE.— Vive en paz.

SALGUERO.— La cuida...

IRENE.— Procura que todo marche bien: yo, el negocio, la casa. Así él está tranquilo.

SALGUERO.— Es usted...

IRENE.— (Interrumpiéndole). ¿Injusta?

SALGUERO.— ... ¡Implacable!

IRENE.— No lo crea. ¿Sabe por qué le cuento estas cosas?

Porque quiero defenderme contra las apariencias que me acusan. Ya que usted conoce un aspecto de mi conflicto doméstico, quiero mostrarle el otro. ¿Por qué he de aparecer como una Sisebuda?

SALGUERO.— Nunca creí tal cosa...

IRENE.— ¡Ustedes son aficionados a ver un mártir en cada marido! El mismo Trifón... ha reparado que pierde la cabeza frente a las rubias? Seguramente, no. Lo que ve todo el mundo es que la mujer le pega...

SALGUERO.— Reasumamos: ¿qué intenta usted?

IRENE.— Separarme de Alberto.

SALGUERO.— ¿Y a dónde irá?

IRENE.— A casa de mi madre.

SALGUERO.— ¿Cómo! Eso no podrá ser. No olvide que su señora mamá con su intransigencia, con su odio a nuestra edad y sus costumbres, es una compañera insoportable.

IRENE.— ¡Salguero!

SALGUERO.— ¡Perdón!

IRENE.— Sí, amigo. Desgraciadamente ha dicho usted la verdad... Por culpa de su carácter me casé.

SALGUERO.— ¿Se arrepiente?

IRENE.— Sí. No crea que el matrimonio fuese el fin del noviazgo. Ustedes se casan para tener a quien echar la culpa si la planchadora no trae los cuellos a tiempo...

SALGUERO.— ¿Y las mujeres?

IRENE.— Hace usted preguntas desconcertantes...

SALGUERO.— ¿Quiere usted una confidencia angustiosa?

IRENE.— (Curiosa). ¿Olvidé mi género?

SALGUERO.— Lo sé calumniado. En materia de indiscreción creo que las superamos... He conocido hombres con aspecto de osos y boca cerrada por las barbas que...

IRENE.— ¿Y su confidencia?

SALGUERO.— ¡Tiene razón! Ahí va: el romanticismo, mi distinguida señora, es incompatible con la vida en común. La manía femenina de eternizar idillos dentro del matrimonio es causa de muchas desilusiones. El hombre más bello lo es por momentos tan solo...

IRENE.— ¿Entonces es preciso renunciar al amor?

SALGUERO.— ¿Entonces es preciso renunciar al amor?

IRENE.— En una casa mayorista tiene importancia. La seda

# NOTAS SOCIALES



La foto precedente muestra un aspecto de la fiesta que el Excelentísimo señor don Attilio Daniel Barilari ofreció en el Club de la Unión, a la sociedad guayaqueña.

## EN GUAYAQUIL

Brillantísimo, espléndido en todos sus aspectos resultó el cocktail ofrecido por el Excmo. señor don Attilio Daniel Barilari, Ministro Plenipotenciario de la Argentina, y su distinguida esposa, señora doña Zulema Joffre de Barilari, desde las seis de la tarde, en los salones del Club de la Unión, en honor de un grupo selecto de familias de nuestra sociedad, en retribución de las múltiples y expresivas demostraciones de simpatías y afecto que nuestra sociedad les ha dispensado durante su corta estadía en nuestra ciudad.

En un ambiente de finas atenciones y exquisita sociabilidad, se bailó al compás de una excelente orquesta hasta las nueve y más de la noche, sin que el entusiasmo, que desde un principio auspició la reunión, decayera un sólo momento. Fué un torneo de elegancia, animación y grata cordialidad, en que se puso de manifiesto el aprecio que los cultos diplomáticos argentinos han sabido conquistarse merecidamente en nuestros círculos sociales.

Un exquisito y variado buffet fué presentado en forma magnífica, mereciendo elogiosos comentarios de los asistentes, quienes en todo momento fueron atendidos espléndidamente por los distinguidos oferentes.

Entre las muchas personas que participaron de esa grata fiesta, recordamos a las siguientes señoras: Zulema Joffre de Barilari, María Avilés de Aguirre, doña Concepción Gómez de Ycaza, doña Francisca Avellán de Carbo, doña Mercedes Seminario de Rohde, doña María Luisa Barriga de Valenzuela, doña Carmela Gómez de Manuil, doña Susana Arosemena de Santistevan Elizalde, doña Rosa de Ycaza Venegas, doña Isabel Garbe de Rivas, doña Rosario Gómez de Seminario, doña Carmen Seminario de Sorg, doña Manuela Galecio de Ycaza Carbo, doña Delia Marcos Ycaza de Marcos Aguirre, doña Rosario Díaz Granados de Jiménez Gargollo, doña El-

vira Avilés de Ycaza Cornejo, doña María Luisa Elizalde de Alcivar, doña María Ycaza de Gómez, doña Sofía de Dillon, doña Maruja Ycaza de Carbo Avellán, doña Ana Pia Aguirre de Acevedo, doña Victoria Pino de Noboa Elizalde, doña Leonor Ycaza de Gómez, doña Ana Julia Reinberg, doña Regina Jiménez Gargollo, doña Josefina Mendoza de Coello y señora Muriello de Calder.

Seoritas: Concha de Ycaza Gómez, Rosita y Leonor Ycaza Galecio, Maruja Aguirre Avilés, Pacífica de Ycaza Aspiazú, Leonor y Maruja Rosa Roca Dañin, Mercedes de Rivas Garbe, Lucha Alcivar Elizalde, Maruja Franco Avilés, Guadalupe Valenzuela Barriga, Isabel Illingworth Valenzuela, Lucha Gómez Ycaza, María Antonieta Pillois, Gladys Dillon, Adalguisa y Norma Descalzi, Delia Guzmán Aguirre, María Pia Guerrero Valenzuela, Daisy y Margaret Calder, entre otras.

Señores: Excmo. señor don Attilio Daniel Barilari, don Juan Aguirre Oramas, cónsul de la Argentina en Guayaquil, doctor Leopoldo Izquieta Pérez, don Ignacio de Ycaza Gómez, don Guillermo Wright, presidente del Club de la Unión, don Juan de Dios Martínez Mera, doctor Carlos V. Coello, don Perfecto Carbo Avellán, don Enrique Maulme, don Manuel Seminario, don Alberto Ycaza Carbo, don Juan X. Marcos Aguirre, don Augusto Dillon Valdez, don Carlos Alberto Aguirre Oramas, doctor Hugolotti Dansay, don Lorenzo de Rivas, doctor Vicente de Santistevan Elizalde, don Miguel Angel de Ycaza Gómez, don Marco Plaza Sotomayor, don Carlos de Ycaza Sánter, don Leonardo Carrión Toral, don Felipe Carbo Avellán, don Francisco Guzmán Aguirre, don Alfredo Valenzuela Barriga, don Carlos de Ycaza Overweg, don Eduardo Ycaza Cornejo, don Rafael Sotomayor y Luna, don Ricardo Balda B., don Otto Carbo Avellán, don Juan Francisco Rojas, don Francisco Roca, don Julio Descalzi, don L. W. Parsons, don José Ma-

ría Jiménez Gargollo, don John Sorg, don Diego Noboa Elizalde, don Ramón Gallegos Marín, don Vicente Coello Díaz, Mr. Calder, don Pedro Hunneus Eastman, don César Aray Santos, don Rafael Guerrero Valenzuela, don Lorenzo de Rivas, don Tristán de Avilés, don Cachi Stagg, don Juan Chiriboga Manrique.

AIAS

Con un lujoso broche de incomparables diamantes ha cerrado fastuosamente su temporada social de verano uno de los más prestigiosos centros de esta ciudad. No referimos al Country Club de Guayaquil, y a la brillantísima fiesta de fantasía y de disfraces, realizada en la noche del Sábado. Pocas fiestas en la historia social de ese club han tenido una realización tan magnífica y de tanto entusiasmo, como la que mencionamos, en que todos los factores del éxito se habían dado cita. Distinción, armonía y belleza; luces, perfume y flores, y sobre todo muchas, muchísimas mujeres bonitas y elegantes. El baile, amenizado por la orquesta que dirige Felipe Cueva, hacía las delicias de los concurrentes. Todo era alegría y buen humor... parejitas que se arrullaban mientras danzaban... voces de regocijo al contemplar a un gringuito disfrazado estrambóticamente... murmullo de admiración al ver a una linda muñequita luciendo un rico traje de fantasía... demostraciones de alegría y elogiosos comentarios al ver pasar y reparar muy campante a una encantadora dama caracterizada pero con marcada originalidad y buen gusto de canillita, pero de un canillita muy criollo, de esos que todas las madrugadas los oímos vocear los diarios porteños... era todo un canillita siempre alegre, que daban ganas de comprarle todos los diarios y no pagarle para darse el gusto de vera rabiar... ¡Qué noche más seductora! A nuestro Señor el descanso se le había desterrado por completo. Todo era animación y movimiento. Lánquido y pausado a veces, violento y evanescente otras... Los "polios", convertidos en diferen-

tes personajes coleccionaban desde los cuatro costados de la terraza sonrisas y miradas, mientras que en uno de sus secretos rincones sin que nadie lo vea, Cupido lanzaba con su fatídico arco sus flechas de oro...

En lo que respecta a la organización no faltó detalle alguno para su completo éxito. A la media noche se realizó el concurso de trajes de fantasía y disfraces. ¡Qué trabajo les dieron, al Ministro Excmo. Attilio Daniel Barilari, a su esposa señora Zulema de Barilari y al doctor Leopoldo Izquieta Pérez, nombrándolos jurados, en sala colmada de regios y originales disfraces y caracterizaciones.

Cada disfraz merecía su premio, como bien lo dijo el amigo Fuentes Gilbert, pero como no había tantos regatillos como la cantidad de asistentes, se resolvió donarlos a los más sobresalientes. El premio para el traje más artístico y elegante fue entregado a la señora Zulema de Barilari, que lucía un traje Versallesco muy chic, y fue favorecida con un estuche de lapicero y pluma fuente de la casa V. M. Janer; y a la señorita Dayse Calder, que vestía de dama antigua, un estuche de perfume de la casa Juan Francisco Rojas; una muñeca Shirley Temple de la Casa J. J. Medina fue entregada a la señorita María Antonieta Pillois Ycaza, que estaba de Odaliscia, y a la señorita Mercedes de Rivas un rizador de la Empresa Eléctrica por su caracterización de india de Otavalo; tres pares de medias Kaiser y una gran salva de aplausos se ganó la señora doña Mercedes Seminario de Rohde por su disfraz de vendedor de periódicos (Yo de jurado, creo una condecoración para ese simpático pilluelo); el señor Tristán de Avilés se ganó una raqueta de tenis obsequiada por el señor Julio Guillén, por su traje artístico de vaquero; un estuche de hebilla y sujetador de corbata de la Casa Bégú fue entregado al señor L. W. Parson por su traje de holandés y al se-

Sigue a la vuelta.



# UN CONFLICTO DOMESTICO

Viene de la página 18

SALGUERO.— O buscarlo en otra parte.

IRENE.— ¡Me desagrada oír ciertas cosas!

SALGUERO.— Discúlpeme. No me refería a su caso... Ya que quiere usted tanto a su marido...

IRENE.— ¡Oh!...

SALGUERO.— ...¿Por qué no se resigna a vivir en segundo plano, como casi todas las casadas?

IRENE.— ¡Las que no tienen capacidad para otra cosa!

SALGUERO.— ¡Y bien! Hágalas creer que usted sólo sirve para cocinar y lo tendrá contento.

IRENE.— ¡Pero no lo estaré yo!

SALGUERO.— ¿Entonces?

IRENE.— Convéngase, no hay más que un remedio: la separación. Iré a soportar el genio de mi señora mamá. Al fin de cuentas, ella tiene más derechos que Alberto para amargarme la vida.

SALGUERO.— Tengo entendido que su mamá vive en Buenos Aires.

IRENE.— ¡Error! Está en Salta.

SALGUERO.— ¿Cómo? ¿Y usted se iría del país?

IRENE.— No del país; sino de la capital...

SALGUERO.— (Tras un suspiro) ¡Tan lejos! De modo que los que la quieren bien, no podrán volver a verla...

IRENE.— Así es.

SALGUERO.— ¿Yo no puedo consentirlo! Hasta ahora la había aconsejado como amigo de Alberto. Desde este momento me pongo a su lado.

IRENE.— Confíese entonces que me habló a pedido de Alberto.

SALGUERO.— Lo declaro.

IRENE.— ¿Para convencerme de que no pise el registro?

SALGUERO.— Sí, amiga.

IRENE.— ¿Por qué?

SALGUERO.— Dice que en todos los papeles comerciales, en la correspondencia y demás, sus colegas agregan al nombre de su marido un "y compañía" que lo exaspera.

IRENE.— Esa es una gracia horteril. ¡Despreciable!

SALGUERO.— Abandone el campo, Irene... ¡No luche contra la imbecilidad ambiente!

IRENE.— ¿Y qué haré?

SALGUERO.— ¿No le bastan las tareas domésticas?

IRENE.— ¡No!

SALGUERO.— Llénese de compromisos. Anote el día de cumpleaños, casamiento y divorcio de cada una de sus amigas... Vístelas...

IRENE.— ¡No quiero idiotizarme!

SALGUERO.— Queda el último cartucho: dedíquese a las tiendas.

IRENE.— (Con desaliento). Ya lo intenté, mi amigo. Conoció ese mareo; pero en la tienda sólo empieza el encanto en las compras y se prolonga luego en cada elogio que inspiramos.

SALGUERO.— ¿Nadie le dijo a usted en aquellos días que estaba monísima?

IRENE.— Me cansé de comprar adornos inútiles.

SALGUERO.— ¿Está usted segura de que su coquetería pasó desapercibida?

IRENE.— En absoluto.

SALGUERO.— (Insinuante). ¿No se le ocurrió que es imposible decir galanterías a una señora delante del marido, por encantadora que se la encuentre?

(Ella lo mira con asombro y tropieza con la dulzura de los ojos de él).

SALGUERO.— (Tras elocuente pausa). Debo hacer saber a Alberto que he hablado al fin de ese enojoso asunto. Le contaré nuestro encuentro, casual...

IRENE.— ¡No!

(Ahora es él quien la mira con asombro. Ella enojada).

SALGUERO.— (Almibarado). ¿Prefiere que compartamos un secreto?

IRENE.— No es eso. Es que me fastidia enterar a Alberto de todos mis actos.

SALGUERO.— Me parece justo. Usted, en realidad no le inspira preocupaciones... Le diré que ayer, en el balcón, conversáramos esto. ¿Qué resuelve?

IRENE.— Aún no lo sé... Aconsejeme...

SALGUERO.— Temo no ser obedecido, por el interés de mi punto de vista.

IRENE.— (Inocentemente). Interés por mí...

SALGUERO.— ¡Es muy natural!

IRENE.— Le obedeceré. ¡Hable!

SALGUERO.— Ante todo, recoja su expatriación del "registro".

IRENE.— ¿Y qué haré encontrada en mi casa?

IRENE.— ¿Sabe, Salguero, que

es genial la idea?

SALGUERO.— (Acariciándola con la más suave de sus miradas) ¿Piensa todavía en ir a Salta?

IRENE.— ¿Qué mira en mi boca? ¿Tengo poco "rouge"?

SALGUERO.— No...

IRENE.— (Poniéndose de pie). Me voy.

SALGUERO.— ¿Hasta mañana?

IRENE.— Sí.

SALGUERO.— ¿Aquí mismo? A las dos de la tarde.

IRENE.— Podrían vernos. Mas bien iré a la iglesia... (Baja el tono, su voz tiembla un poco al hablar de una ubicación).

SALGUERO.— Perfectamente. Estaré frente a la puerta, con un "auto".

(Esa vez el apretón de manos no es efusivo; por lo menos en apariencia. Nadie vuelve la cabeza para comentarlo. Irene se aleja cerrando el puño para conservar la tibia de la mano amiga y combatir con ella el frío de su casa).

"Verdaderamente —va pensando.— Ese pobre Alberto tiene razón. ¿Por qué he de meterme en sus asuntos?"

Eugenio L. BERON.

## LA OBRA DEL LIBERALISMO

Necesario es detenerse en las figuras de los hombres que decidieron del triunfo liberal.

Montalvo que desde el destierro esgrimía su maravillosa pluma, terrible arma de combate, llevando el convencimiento a los espíritus con las piezas literarias más perfectas que se han producido en el idioma castellano. Fue sin duda un luchador incansable: el liberalismo y la civilización le deben gratitud eterna. El clericalismo le atacó despiadado y aún sus mismos restos mortales hubieran sido profanados y devorados por los cuervos, si Guayaquil, esa tierra progresista y libertaria, no hubiera guardado sus despojos hasta que dominado el canibalismo clerical en la sierra, se hiciera posible que su ciudad natal los conservara con la debida veneración.

Y el héroe máximo de la cruzada libertadora, Eloy Alfaro. El luchador infatigable cuando todos desmayaban y creían imposible el triunfo liberal. Las derrotas no le arredaban ni le restaban ímpetus; varias veces tuvo que abandonar el país después de los fracasos, y nuevamente lo vemos regresar a la lucha, pero tenaz con la tenacidad que da el convencimiento, se mantuvo treinta años sobre las armas hasta lograr el triunfo definitivo.

Alfaro es la encarnación del liberalismo ecuatoriano. Sacrificó toda la tranquilidad de su vida en aras del nobilísimo y humano programa reivindicador. Sacrificó su fortuna en beneficio de esos ideales. Derrotado y pobre recorre Centro América desde donde realiza intensa propaganda; sus manos que antes empuñaban las armas manejan ahora los instrumentos de trabajo, rehace su fortuna y nuevamente lo veremos luchando en las selvas del Ecuador.

Valeroso hasta la exageración marcha siempre a la cabeza de sus tropas enardeciéndolas con su ejemplo: heroico fue su proceder en el Alhajuela incendiado y con negligencia de zozobrar en medio de los enemigos, y ocasión hubo en que estuvo a punto de repetir el sacrificio que inmortalizara a Ricaurte en la guerra de la independencia.

Como gobernante lleva a cabo la enseñanza laica obra básica pues la libre investigación ha sido la impulsadora del progreso de la Humanidad. Claro está que juzgando este problema a la luz de las ideas contemporáneas, fal-

ta subsanar el inconveniente del desgaste de energías que resulta de la investigación aislada y muchas veces sin medios suficientes, falta sistematización para aprovechar el máximo de energías individuales en beneficio de la sociedad socializada; pero el liberalismo puso la primera piedra, pues se trata del libre examen en el sentido de dejar expedito el vuelo del pensamiento sin que sea coartada por dogmas de ninguna clase. Sin la libre investigación, como en los tiempos en que el papa Alejandro III prohibía los estudios de Física, todavía se consideraría a los gases como sustancias diabólicas, a los fósiles como aberraciones de la naturaleza, a la tierra como centro del universo, a los locos como poseídos del demonio y a los terremotos como manifestaciones de la ira de Dios, aunque, como dice el eminente Arzobispo González Suárez, Dios no necesita hacer milagros para castigar a los hombres.

Arregla la moneda y lleva a cabo la construcción y terminación del Ferrocarril de Guayaquil a Quito iniciado por García Moreno, obra grandiosa que es la gran arteria por donde nos viene la civilización. No faltaron opositores: el mismo jefe del Partido Conservador, don Camilo Ponce, publicó un folleto en que afirma nada menos que es un absurdo creer que la locomotora pueda hacer competencia al burro...

La expedición de leyes protectoras de las libertades de los asociados de acuerdo con los postulados del liberalismo, a base de la tolerancia, que transforma la barbarie en relaciones humanas entre los ciudadanos, completa la obra del General Eloy Alfaro.

Y, qué decir del martirio y de la muerte del más grande de los ecuatorianos, para honrar cuya memoria estamos aquí congregados? Las turbas fanatizadas y azuzadas por el clero que no se resigna a la misión de paz que les impusiera Jesucristo, se lanzan hacia el Panóptico a donde acaba de llegar de Guayaquil, custodiado por tropa armada y cometen el crimen más bárbaro y sanguiinario que se haya cometido en América. Como una fracción del pueblo de Quito, puesto que no podemos acusar a todo el pueblo de crimen tan nefasto, pudo penetrar en el Panóptico, a pesar de la fuerza armada y de lo inexpugnable del edificio, es asunto que la historia esclarecerá.

Jorge ANDRADE MARIN,

es genial la idea?

SALGUERO.— (Acariciándola con la más suave de sus miradas) ¿Piensa todavía en ir a Salta?

IRENE.— ¿Qué mira en mi boca? ¿Tengo poco "rouge"?

SALGUERO.— No...

IRENE.— (Poniéndose de pie). Me voy.

SALGUERO.— ¿Hasta mañana?

IRENE.— Sí.

SALGUERO.— ¿Aquí mismo? A las dos de la tarde.

IRENE.— Podrían vernos. Mas bien iré a la iglesia... (Baja el tono, su voz tiembla un poco al hablar de una ubicación).

SALGUERO.— Perfectamente. Estaré frente a la puerta, con un "auto".

(Esa vez el apretón de manos no es efusivo; por lo menos en apariencia. Nadie vuelve la cabeza para comentarlo. Irene se aleja cerrando el puño para conservar la tibia de la mano amiga y combatir con ella el frío de su casa).

"Verdaderamente —va pensando.— Ese pobre Alberto tiene razón. ¿Por qué he de meterme en sus asuntos?"

Eugenio L. BERON.

## EL CONSENTIMIENTO DE LA SRTA. HORTENSIA

Viene de la página 7

los sentimientos de una mujer... ¡Explíquese!

—Amo a otra—balbuceó con conmovido acento el señor Barizón.— Sí, a otra que no conocía aún cuando resolví tomar por esposa a la excelente joven que...

Mire... Cansado de vivir solo, a merced del azar, soñé la calma de un nido al lado de una mujer devota... Pero no, no puedo, no puedo más... amo a otra... Amo a una mujer que une a la más seductora belleza, las más extraordinarias dotes intelectuales... Amo, señorita; amo por primera vez en mi vida...

—¿A quién?—preguntó tras un rato de silencio la señorita Hortensia con voz apagada que ya nada tenía de oficial.

—Si usted no lo ha adivinado todavía, Hortensia, ¿a que revelárselo?—contestó con patético acento el señor Barizón.

La señorita Celina, que tras la puerta escuchaba enloquecido, oyó que el señor Barizón daba dos o tres pasos.

Hubo un instante de silencio. Empujó la puerta y entró.

El señor Aquiles Barizón estrechaba fuertemente entre sus brazos a la señorita Hortensia y la besaba con ardor. La señorita Hortensia no lo rechazaba.

Al ruido de la puerta, se separaron precipitadamente.

El señor Barizón, colorado como un tomate, fue a asomarse a la ventana.

—Ah!... ¡Ah!... ¡Ah! —jadeaba Celina, a punto de desvanecerse.

—Querida prima, el señor es mi novio. Es una indiscreción entrar en esa forma—le dijo con severidad la señorita Hortensia que había recobrado su austeridad.

—Pero... tú decías... él me había dicho... tartamudeó Celina, perpleja, anonadada.

—¿Oh, lo dicho y lo pensado antes, no importa! ¡El presente es el que vale!... Me ama a mí, yo le amo también... y no tengo derecho a rechazar la felicidad que se me presenta...—sentenció doctoralmente la señorita Hortensia, repitiendo inconscientemente las palabras de Celina de semanas antes.

Frederic BOVIET.



MARY LOUISE HARPER, del cabaret neoyorquino "Sketch Book", luciendo sus gracias con la audacia que sólo se siente cuando la



EL MATADOR GALLITO Y SU FAMILIA, por Ignacio Zuloaga  
Haciendo derroche de colorido, el célebre pintor español Zuloaga fijó en este cuadro un grupo que palpita de vida.

